

por no dexarla, inuentó la deuocion della traça como cortando la pared sin enderse, y sin perjuizio de la pintura, la traxesen al Conuento nuevo con gran tiento, donde la assentaron en vna de las estaciones del claustro, cosa casi milagrosa, como sucedió en Seuilla despues acá en otro caso semejante de Nuestra Señora del Antigua, que estando pintada en otra tapia la cortaron y mudaron á parte más decente (1).»

Era, pues, el sitio en el cual se habia erigido de nuevo el *Convento* ó *Monasterio de San Jerónimo*—que de ambas maneras le califican los escritores de los siglos xvi y xvii—lugar lleno de animacion y de vida, que herloseaban por extremo tanto la dilatada huerta que le habia sido adjudicada en su traslacion, quanto el ameno *Prado*, cuya belleza ponderaban aquéllos en la forma copiada, y cuyos límites eran por el Norte la famosa *calle de Alcalá* y por el Sur, la misma *Basílica* y *Convento de Nuestra Señora de Atocha*. Uníanse á estas circunstancias, para hacer más importante aquella casa de religion, la de que desde el reinado de Fernando el Católico se habian celebrado en su templo, el más importante de cuantos se labraron en Madrid del estilo ojival—áun decadente—asi las Córtes del Reino, como la jura de los príncipes de Astúrias, á partir de Felipe II en 1528, no ménos que la de existir desde el tiempo de su traslacion, por la parte de la Iglesia y ala del Norte «un aposentamiento Real, aunque de pocas pieças, bueno, donde algunas vezes se retiran los Reyes á oír con quietud los officios diuinos, que se celebran siempre con gran autoridad (2),» ó á implorar la misericordia de Dios en sus grandes tribulaciones. Llamábase este edificio *Cuarto Real de San Jerónimo*, y acrecentado por Felipe II y su sucesor, acostumbraban á recibir en él los Reyes, para preparar su entrada solemne en la Corte, á las reinas, sus esposas, ó á los príncipes que solian venir á visitarlos, y á los legados y embajadores de las naciones extranjeras (3),» como lugar de descanso y antesala de la humilde Corte de aquellos soberanos, para quienes nunca el sol se ponía en sus dilatados dominios.

Aprovechando lo deleitoso y aventajado de tal paraje, cuya posicion le hacía superior á todos los de la Villa, y desde el cual se dominaba entera la poblacion—extendida á las plantas del monte que constituía uno de los costados del *Prado de San Jerónimo*—ya en 1569 y con motivo de la solemne entrada en la Corte de la reina doña Ana de Austria, habíanse acrecentado la belleza y frondosidad del mismo, construyendo un anchuroso estanque, origen acaso del existente, donde tuvieron efecto vistosos simulacros de tierra y mar que presenciaron á placer Felipe II y su esposa, y que midiendo «más de quinientos piés de largo y ochenta de ancho, con buena profundidad,» habia sido labrado en el breve «espacio de diez dias (4).» Por su parte, el vencedor de San Quintin habia ensanchado el *Cuarto Real de San Jerónimo*, agregándole algunas galerías, herloseándole con un verjel, cercándole de fosos y construyendo en los extremos sendas torrecillas, á imitacion, sin duda—cual observa un escritor de nuestros

(1) Quintana, *Op. y cap. cit.*, fol. 399.

(2) *Id., id.*, cap. LXXIII, fol. 399.

(3) Mesonero Romanos, *El Antigo Madrid*, cap. xxii, págs. 310 y 311.

(4) Lopez de Hoyos, *Op. cit.*, apud Mesonero Romanos. El Maestro Lopez de Hoyos, que trae la relacion sucinta de estas fiestas, da razon de ellas en términos, que por lo que interesa á nuestro propósito y por su curiosidad, no podemos resistir al deseo de trasladarlos á este sitio: «A un lado del Prado—dice—á la mano izquierda (la Reina entró por el Norte del Prado) por la parte superior de la parte de Sant Hierónimo, se hizo un castillo muy formado con cuatro rebellines á las esquinas. Del medio se levantaba una torre que llaman del homenaje, éste muy poblado de artillería, su planta fué á la orilla del estanque que parecia el agua batir en la muralla. Representaba una muy formada fortaleza, y en la artillería y disposicion parecia á Argel. Armáronse ocho galeras en tan poco tiempo que en ocho dias se echaron al agua, que no es mediano argumento de la diligencia, suntuosos gastos y copia de artifices que en ello se ocupó; pareció bien la industria de Juan Baptista, extranjero, así en esto como en la arquitectura de los arcos; cada galera llevaba sus remeros con ropillas y bonetes azules y zaragüelles, hasta en piés encadenados, y en cada una un muy diligente cómitre, haciéndolas bogar; llevaba cada galera veinte soldados de pelea, bravamente aderezados, cuatro tiros en cada una, con gran número y cantidad de cohetes; llevaban las galeras en sus mástiles y antenas, banderas de tafetan carmesí, y en la capitana las armas reales, trompetas y músicas, que parecia armada copiosa y muy á punto de guerra. Junto á este estanque se hizo un cadahalso á manera de trono, para que sin confusion por una parte se pudiese subir á besar las manos á S. M., y por la otra bajar. Todas las gradas y por lo alto que hubo un buen espacio de cadahalso, se cubrieron de brocado de tres altos. Habia tambien un dosel muy sumptuoso, debajo del cual se puso un sitial, en el cual S. M. se sentó para gustar de las danças é invenciones y bailes y folías que allí se le representaron. Hubo en el cadahalso otras dos sillas á los lados del sitial» (Mesonero Romanos, *saepe*). Hoyos hace inmediatamente referencia detallada del combate naval, batería del castillo y besamanos, cuya relacion demasiado extensa, pueden ver los lectores en la obra ya citada del Sr. Mesonero Romanos.—Jerónimo Quintana, cuya obra lleva la fecha de 1629, supone con error que el estanque abierto para las fiestas de la entrada de doña Ana, se hallaba en el Prado «y que por inconveniente se mandó cegar,» debiendo aludir, á lo que parece, al estanque, que segun Pedro Medina aseguraba en 1560 (data de la impresion de sus *Grandezas y cosas memorables de España*) existia en el Prado y ayudaba mucho «á la grande hermosura y recreacion de la alameda.» Cobra fuerza esta hipótesis nuestra en el hecho de que el minucioso Hoyos no haga en 1569 referencia de estanque alguno en el Prado, debiendo haber sido éste el que «por inconvenientes se mandó cegar,» segun la frase referida de Quintana.